

PRIMERA PARTE.

I.

Sobre las playas de la Acadia tierra  
y en el valle que forma altiva sierra,  
que del furor del viento lo defiende  
cuando corre agitando la bahia,  
del *Grand-Pré*, entre los árboles, se extiende  
la pintoresca aldea todavía.

Hacia el Este se ve la línea oscura  
del océano ondulante de verdura  
que fingen las praderas, que á la aldea  
su nombre dan, do van todos los años,  
sin temor á que crezca la marea,  
á pacer los innúmeros rebaños.

Diques soberbios ante el mar clavados,  
 por pobres labradores trabajados,  
 cierran la entrada á las gigantes olas  
 que mueren abatidas en la arena,  
 cuando su lucha sobre el mar, á solas,  
 la altiva roca de la playa enfrena.

Pero en los días en que Otoño cubre  
 de hojas secas el campo, cuando Octuõre  
 desata sus torrentes, tras la valla  
 se alza la mar airada é iracunda  
 en prolongada y desigual batalla,  
 y las praderas fértiles inunda.

Al Oeste y al Sur, en las cañadas,  
 se ven en largas eras agrupadas  
 de hortalizas las verdes sementeras,  
 el lino con sus altos carrizales,  
 é imitando á los piés de las laderas,  
 de la brisa el murmullo, los trigales.

Hacia el norte del valle, en la vertiente  
 de las altas montañas que la frente  
 levantan hasta el cielo, las neblinas

que el viento del Atlántico amontona,  
 parecen, caprichosas, blanquecinas,  
 de las montañas la imperial corona.

Y más allá de la pesada niebla  
 que lo profundo de los bosques puebla,  
 se ve alzarse la tienda, reclinada  
 sobre aquellas inmensas soledades.  
 Allí se halla la aldea, circundada  
 por sus ricas y vastas heredades.

Rústicas chozas, bajas y pequeñas  
 como nidos de pájaros, risueñas,  
 semejantes á aquellas que construía  
 con olmos y con robles fabricadas  
 el labriego en la baja Normandía,  
 en el valle mirábanse agrupadas.

Eran de paja los cerrados techos,  
 pero la luz del sol entraba á trechos  
 por las altas ventanas; y en el día  
 el umbral de las casas resguardaba  
 del calor que la siesta producía,  
 la sombra que el alero proyectaba.



Allí, en las tardes dulces del verano,  
cuando el brillante sol tras el cercano  
monte ocultaba el disco engrandecido,  
iluminando apenas las aldeas  
y dorando el torreón ennegre ido  
de las altas y oscuras chimeneas,

En el umbral sentadas, afanosas,  
las madres y las niñas siempre hermosas,  
con blancos gorros la cabeza envuelta,  
al son de sus canciones, escardaban  
del lino de oro la madeja suelta  
que con sus ruecas, incesante hilaban.

Allí, solemne, interrumpiendo el juego  
de los robustos niños del labriego,  
con su dulce sonrisa, aparecía  
nuncio de paz, el cura, que al oírles,  
cubierta por sus besos, extendía  
su mano envejecida á bendecirles.

Ellos saltando, entre la mano el gorro,  
le formaban al cura alegre corro,  
do legaban las niñas ruborosas

en unión de sus madres, saludando  
á aquel noble pastor, á quien gozosas  
iban todas amantes abrazando.

A esas horas los pobres labradores,  
del campo regresaban con sus flores;  
lentamente del sol oscureciendo  
abase el disco enorme, engrandecido,  
el valle y sus contornos envolviendo  
con el color del hierro enrojecido.

Entonces desde el alto campanario,  
alzado sobre el rústico santuario,  
melancólico el Angellus sonaba,  
y tras los techos de la humilde aldea  
blanca columna de humo se elevaba  
brotando de la oscura chimenea,

Proclamando la paz y la ventura  
de aquella vida que inocente y pura  
de la Acadia los buenos labradores  
llevaban, siempre de su suerte ufanos,  
temiendo á Dios en medio á sus dolores,  
y amándose felices como hermanos.

Ellos ajenos al temor, sin esos  
tristes duelos que causan los excesos  
de los reyes, y de paz rodeados,  
de libertad gozando en sus ciudades,  
vivían ni envidiosos, ni envidiados,  
en medio de sus vastas heredades

Jamás las puertas del hogar cerraron  
ni las altas ventanas encordaron,  
que tan sólo en sus chozas escondían  
frutos de su trabajo y su constancia;  
pobres eran los ricos, y vivían  
los más pobres también en la abundancia.

En lugar retirado de la aldea,  
que no puede bañarlo la marea,  
el labrador más rico, allí llamado  
Bellefontaine Benedicto, alegre habita,  
por pobres y por ricos respetado,  
su modesta y poética casita.

Bella, hacendosa, encantadora y buena,  
encargada de toda la faena  
de la casa paterna, Evangelina

es el espejo de su amante padre,  
porque es ella la luz que la ilumina  
desde la muerte de su santa madre.

Con dulces ojos y el aspecto noble,  
tan erguido y robusto como un roble,  
cuenta ya setenta años el anciano;  
su larga barba sobre el pecho crece,  
y en su cabeza su cabello cano  
una auréola de virtud parece.

Pero era más hermoso en las mañanas  
contemplar asomada en las ventanas  
de Evangelina la gentil cabeza  
que coronaban diez y siete abriles.  
¡Cuán dulce era su lánguida belleza!  
¡Qué puros de su rostro los perfiles!

Eran negros sus ojos, su cabello,  
cayendo en bucles sobre el blanco cuello,  
sus ebúrneas espaldas sombreaba,  
y su aliento oloroso parecía  
al de la tierna oveja que pastaba  
el verde campo que el tomillo cría.



Cuando en los largos días del verano  
 iba alegre y ligera hasta el cercano  
 y espeso bosque, á la hora de la siesta,  
 sus jarras de cerveza á los pastores  
 llevando, ¡qué gallarda y qué bien puesta  
 mirábanla los buenos labradores!

Mas ¡cuán bella y hermosa en las mañanas,  
 cuando atruenan los aires las campanas  
 con sus santos clamores religiosos,  
 á aquellos fieles al redil llamando,  
 que acuden hasta el templo presurosos  
 al Dios de sus mayores invocando,

los domingos alegres se veía  
 por las calles estrechas, do solía  
 cruzar, entre las manos el rosario,  
 cuyas cuentas menudas jugueteaba,  
 entreabriendo el manual devocionario  
 si alguien desde la iglesia la miraba!!

Y ¡cuán graciosa con su gorra blanca,  
 su azul mantilla que del hombro arranca  
 hasta cubrir el contorneado talle

con sus pliegues sedosos y sencillos,  
 las gentes la miraban por la calle  
 luciendo de su madre los zarcillos.

Que eran la herencia rica y amorosa  
 que ostentaba contenta y orgullosa  
 como prenda de amor! Pero al regreso,  
 después de tierna confesión sincera  
 que aquella pecadora en el exceso  
 de su gloria y su fe sencilla hiciera;

Cuando á su casa tímida volvía,  
 la dulce Evangelina aparecía  
 circundada de bellos resplandores;  
 tras sus huellas perfumes se aspiraban  
 como el aroma de silvestres flores  
 y gratas armonías se escuchaban.

De la montaña sobre la alta cumbre  
 que puebla la crecida muchedumbre  
 de pinos y de robles, dominando  
 la mar serena que á sus piés se extiende,  
 los picos de la roca acariciando,  
 su alegre casa sus aleros tiende.

Junto al pórtico rudo y mal tallado,  
 por rústicos asientos circundado,  
 crecía un sicomoro, do enredaba  
 sus tallos trepadora madresolva,  
 y un huerto de hortalizas que llegaba  
 hasta el límite extremo de la selva.

Al pie del sicomoro un cobertizo  
 fabricado con paja y con carrizo  
 ocultaba debajo sus aleros  
 la colmena de abejas, que en las horas  
 del intenso calor, en los senderos  
 buscaban los tomillos zumbadoras.

A un lado del camino, en la pendiente  
 que hacia la mar se inclina suavemente  
 y á la casa sirviéndoles de abrigo,  
 se alzaban los graneros, que se hundían  
 bajo la carga de abundante trigo  
 que en las buenas cosechas recojían.

En ellos terminada la faena  
 de la siembra del trigo, que en la buena  
 y propicia estación verificaban,

los rastrillos, los carros, el arado  
 limpios y desuncidos, ocultaban  
 en rincón de las mieses apartado.

Mas allá, de las candidas ovejas  
 mirábase el redil, y tras las rejas  
 el extenso y magnífico serrallo  
 donde orgulloso el pavo se paseaba,  
 y escarbando la tierra, alegre el gallo  
 con sus cantos la casa atolondraba.

Tras de las tapias del corral, gracioso  
 se alzaba el palomar, donde en dichoso  
 y cándido consorcio, entre sus nidos,  
 como amantes y tiernos trovadores,  
 murmurando sus quejas y gemidos  
 las palomas cantaban sus amores.

Y dominando todo la veleta  
 sobre los techos del hogar sujeta  
 el rumbo de los vientos señalando,  
 con su ruido monótono zumbaba,  
 en los valles cercanos proclamando  
 que el aire fresco de la mar soplabá.



Así, de sus amigos alejado  
pero por ellos con afán buscado,  
de Dios gozando y siempre satisfecho,  
siendo de Evangelina la alegría,  
de aquel hogar bajo el humilde techo  
aquel honrado labrador vivía.

Cuando iba Benedicto sus pesares  
á consolar al pie de los altares  
los aldeanos que al templo lo seguían  
á Evangelina siempre contemplaban  
con esa devoción con que solían  
á los santos mirar cuando rezaban.

¡Qué feliz y dichoso se creyera  
el que tan sólo conseguido hubiera,  
aunque cuando fuese con objeto vano  
en su casa en las tardes recibido,  
estrechar una vez su blanca mano  
ó las orlas tocar de su vestido!

Cuando iban los aldeanos á su puerta  
para ellos siempre con cariño abierta  
y el lento ruido de su paso oían

en medio de sus dulces emociones,  
ante ella humildes revelar tenían  
el amor de sus nobles corazones.

Pero en la fiesta que la Iglesia crea  
para el santo Patrono de la aldea,  
entusiastas y menos temerosos  
sus manos estrechaban en la danza  
y al compas de la música, gozosos  
le hablaban de su amor sin esperanza.

Más de aquellos aldeanos que seguían  
do quiera á Evangelina, y que venían  
hasta su casa con afán prólijo,  
el preferido de su amor sincero  
era Gabriel de Lajeunesse, el hijo  
del buen Basilio, el laborioso herrero.

Era Basilio, un viejo respetado  
como hombre bueno y artesano honrado,  
porque aunque fuese su fortuna escasa  
siempre el herrero cuando fue cumplido  
gozó en la aldea protección sin tasa  
y fué por los demas enaltecido.

Entre Basilio y Benedicto había una antigua amistad que los unía; y así sus hijos á la par crecieron, juntos los dos desde su edad temprana en el suelo feliz en que nacieron, como crece un hermano con su hermana.

El Padre Feliciano fué el maestro que educara á los dos; porque era el diestro y sabio pedagogo que enseñaba á los niños á leer, y en sus lecciones los himnos de la Iglesia les cantaba para alentar sus tiernos corazones.

Pero Gabriel y Evangelina huían cuando los cantos terminado habían y se iban á la fragua del herrero á mirar cen los ojos asombrados las llamas palpitantes del brasero y los ferros entre ellas arrojados.

A veces en las tardes, de la hornaza junto al calor, que la mejilla abrasa contemplando las chispas que encendidas

brotaban de las brasas resonando por los fuelles inmensos esparcidas, los dos reían, á la par saltando,

Porque en sus juegos cándidos llamaban á las chispas que pronto se apagaban cayendo tras la reja muy aprisa monjas encapotadas, como viejas, que iban á la capilla á oír su misa resguardadas del coro tras rejillas.

En el invierno crudo, en su trineo, como el águila audaz que en el deseo de asir su presa á descender se atreve, de los montes bajaban las laderas rápidos deslizándose en la nieve hasta llegar corriendo á las praderas.

Por el granero á veces se subían hasta alcanzar las ramas que encubrían entre sus hojas, el abierto nido, do errantes golondrinas ocultaban esas piedras del mar, que siempre han sido el talismán con que ellas adiestraban



Antes que fuese á levantar el vuelo,  
 los ojos inexpertos del polluelo.  
 ¡Qué contentos, felices y dichosos,  
 después de su faena se creían,  
 si las piedras hallaban, que afanosos  
 los dos tan sólo por buscar venían!

Así de la niñez, sin desengaños,  
 mirar corrieron los felices años;  
 mas cuando niños por su mal no fueron,  
 cuando llegó la juventud, que bella  
 torna siempre la vida, comprendieron  
 que él era hermoso y seductora ella.

El era un joven ya, valiente, osado,  
 en el trabajo rudo ejercitado,  
 mas en su cara juvenil y hermosa,  
 en su frente á los cielos parecida,  
 se miraba la luz esplendorosa  
 de la alegre mañana de la vida.

Ella era una mujer, sencilla y buena,  
 á los pesares y al dolor agena,  
 con alma pura á ser predestinada

de la virtud el abrigado puerto  
 en la mar de la vida aún no cruzada,  
 y un corazón á la esperanza abierto.

Y era tan bella, tan hermosa era,  
 que al mirar su florida primavera,  
*de Santa Eulalia resplandor fecundo*  
 la llamaban aquellos labradores;  
 porque así como el sol, que el infecundo  
 árbol del bosque coronó de flores,

Ella también de su feliz esposo  
 el hogar apacible y venturoso,  
 llena de amor, sin celos,  
 cual sol fecundo que las flores cría,  
 con enjambre de niños pequeñuelos,  
 bellos y sonrosados, poblaría.